



LA GRACIA DE LA NIÑEZ.

ALICANTE ARTISTICA Y MONUMENTAL.

SAN NICOLAS.

Justo es consagrar hoy una página en ligeros y mal trazados rasgos á esa insigne colegiata, monumento grandioso, cuya planta magnífica se alza arrogante, dominando los demás chapiteles, edificios y cúpulas que embellecen la hermosa poblacion alicantina, que tiene en aquella su mas primoroso ornamento.

Mas de una vez ha llamado nuestra atencion y curiosidad una gigantesca mole de piedra-sillería de severo é imponente aspecto, coronada de cúpulas y torres, y desde luego sospechamos si ocultaria en su interior alguna de esas maravillas artisticas que se perpetúan en los siglos y ven pasar junto á sí impasibles larga série de generaciones.

En efecto, constituidos en el interior, la vista pudo contemplar estasiada la arrogante cúpula de la nave, cuya linterna marca 150 palmos de altura desde la superficie del pavimento, sostenida su fábrica admirable sobre los chapiteles de sólidas columnas basadas con maestría y robustez. La parte superior, ó sea la techumbre, está formada de cascos enlazados artisticamente unos con otros, describiendo caprichosas combinaciones con los medios puntos de los arcos que sostienen y cierran la clave de la bóveda.

Todo el edificio es de sólida cantería, formando tambien vistoso aspecto las líneas blancas de las junturas que marcan los contornos de las piezas de esta masa uniforme de piedra. Una galería corrida con balcónaje de hierro circunda el ámbito del templo sobre la altura de las columnas, hermozeada por un segundo órden de arcos que se suceden y enlazan en el claustro y que cortan á espacios dados con su

hermosa línea la planta del interior del mismo. Siete arcos ó nichos de segundo órden se elevan sobre el altar mayor, coronados de cinco cascos de granada y una ancha faja ó prescincion de piedra que corre enlazando de uno á otro extremo.

La forma de la iglesia, y que puede reputarse tal desde el coro que corta la nave, es un semicírculo oblongo de cincuenta y cinco y media varas valencianas de longitud, con veintiocho de latitud, y la construcción del coro, tambien de cantería, lo es asimismo notable, si no por su hermosura aparente, por lo menos por la solidez de su obra. Pertenece esta al órden dórico, y en el conjunto de toda ella no brilla ese lujo de escultura plateresca que el capricho ó la escuela del cincel suele dar á otro género de creaciones arquitectónicas: el verdadero lujo de esta obra es su misma sencillez sólida y severa, y esta circunstancia agregada al sistema del plan de construcción que admiran cuantos examinan detenidamente este edificio, le da la suprema importancia de ser uno de los principales templos de España, y obra maestra en su clase.

La capilla de comunión se separa de la uniforme sencillez del templo, formando un esquisito conjunto de primorosos follajes y esculturas de piedra en relieve, que contrasta singularmente con la majestad del Sagrario, y cuyo órden no es fácil clasificar en una obra donde ha presidido el capricho del artista exaltado acaso, y aun estraviada su idea por un momento de entusiasmo místico.

Son un prodigio en el arte de talla las puertas que comunican este departamento del santuario con el claustro del jardín ó patio del edificio: en sus hojas hay esculpidos en relieve con toda perfeccion varios pasajes que representan martirios de los santos y otros cuadros alusivos al Nuevo y Viejo Testamento; hay pinturas de gran mérito, y entre ellas los cuadros que representan los catorce pasos principales de

22 DE ABRIL DE 1855.

la Pasion, y que no debieran estar espuestos á la inclemencia en los claustros exteriores del patio, pudiendo y debiendo ocupar un sitio mas digno é impropio.

Principió la obra de este templo á principios del siglo XVII, bajo la direccion del maestro Agustín Bernardino, habiéndose terminado en 1662 por Miguel Sancho Real y Pedro Quintana Berruguete. Fué trazado el plano sobre el solar de una mezquita que en su origen fuera tambien ermita católica, donde predicó y celebró misa en 1411 san Vicente Ferrer, la cual, después de infinitas controversias, fué propuesta en colegiata á la Santa Sede en 1413 por D. Pablo de Santa María, apellidado el Burgense, y erigida tal por la bula de Clemente VIII el año 1600.

Contiene tambien una biblioteca pública comprensiva de unos 2,000 volúmenes, legada al pueblo por el digno prelado D. Ignacio Perez de Sarrió, en su testamento otorgado en 1835, quien destinó tambien suficientes rentas para su conservacion y aumento, pension decorosa para el bibliotecario, etc. Si se ha llenado la voluntad y buenos deseos del testador, dígalos el lastimoso estado y abandono de ella, las sustracciones que ha sufrido, y el ningun régimen que se observa en la conservacion de tan útil establecimiento.

En el pasado año 1849, hallándose el que suscribe al frente de la redaccion de un periódico de aquella capital, tuvo ocasion de ocuparse mas de una vez de este asunto, y particularmente con motivo de otro artículo alusivo al edificio de que se trata; pero su voz fué desoída, y ha quedado ilusoria la intencion del hombre ilustre que quiso legar una digna memoria á ese pueblo culto, cuya carrera gana tanto terreno en las vías del progreso y de la ilustracion.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

EL ISTMO DE SUEZ Y EL DE PANAMA.

Ambos hasta hoy día han sido obstáculos á la gran circulacion marítima: afortunadamente el primero dentro de muy poco lo hemos de ver cortado por un canal, pues se prosiguen con el mayor ahínco los trabajos en ese sentido; y, por lo que respecta al de Panamá, puede decirse que no existe á estas horas.

Hace algunos años nos hallamos en dicho territorio, del que nos ocupamos largamente en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO del año pasado, al hablar de un viaje al Ecuador que efectuamos el año 1841. «Cuán ajenos nos hallábamos entonces de pensar que catorce años después tomaríamos la pluma para traducir los siguientes detalles que hallamos en un periódico extranjero!... El día 28 de enero de 1855 la poblacion del Panamá despertó conmovida: un ruido desusado, extraordinario, se habia dejado oír, apoderándose súbitamente la mas ardiente curiosidad de sus habitantes, ordinariamente tan tranquilos y apáticos. Este cambio era ocasionado por el silbido de la primera locomotiva, por el sordo rezongar del primer tren, que á todo vapor salvaba por la vez primera la distancia que separa entrambos Océanos. Gracias á la doble vía férrea que ha logrado estender la industria americana desde las orillas del Chagres, sobre el grande Océano, á las playas del Pacífico, el istmo queda finalmente cortado: háse apoderado de él el génio de los caminos de hierro, efectuando la union de los dos mundos.

El ferro-carril de Panamá que pasa por encima de la cordillera por un doble plano inclinado cuyo punto culminante está 230 pies elevado sobre el nivel del mar, mide sobre unos 80 kilómetros; y habrá importado mas de 140 millones de reales, y cinco años de trabajo, ¡pero qué trabajos! Solo la perseverancia y rigida tenacidad del génio americano eran capaces de dar cima á una obra que ofrecia al parecer tan insuperables obstáculos como esta.

Se han visto precisados en muchos trechos, efecto de los accidentes del terreno, á construir calzadas de 12 y 16 metros, que unían los intervalos que separan las mil asperezas con que se halla erizado el istmo y todo aquel terreno. Y dichos trabajos se llevan á cabo bajo un sol abrasador, capaz de producir el *tétanos* unas veces, y otras, espuestos á lluvias impetuosas, á través de terrenos movedizos y cenagosos, cuyos miasmas deletéreos devoraban cada semana que pasaba brigadas enteras de operarios. Tambien es cierto que apenas se habia principiado á construir el camino de hierro, las cosas se habian modificado en gran manera. La bahía de Limon verbi gracia, base de uno de los dos planos inclinados, ve hoy reemplazados sus corrompidos pantanos que segun dicen ahuyentaban á los mismos animales, por una hermosa ciudad, construida de madera, pero que cuenta ya cerca de 5,000 habitantes, y que lleva por nombre el del intrépido empresario del ferro-carril: *Aspinwall-City*.

Sin duda que para alterar los movimientos mercantiles, un camino de hierro está distante de lograrlo tanto como una vía de canalizacion, semejante á la que está proyectada desde Alejandría á Suez, la que

establecida que sea, no podrá menos de quitarle al *Cabo* gran parte de su antigua clientela marítima de la India; porque para la marina la brevedad del trayecto es de menos importancia que la posibilidad de no tener que desbaratar el cargamento evitando el perder tiempo y dinero en trashedarle. Pero lo que es por Panamá, un canal hubiera tropezado con dificultades, segun dicen, imposibles de vencer. Además, los capitales tan exorbitantes suministrados por americanos, en el caso contrario, hubieran retrocedido ante unos gastos que segun cálculos aproximados no hubieran bajado de 600 millones de reales. ¡Quizá tambien sea un perjuicio bajo el punto de vista del gran comercio marítimo!... Pero sea como sea, hé ahí vencido ya un grave obstáculo que se oponia á las relaciones humanas: ahora podemos en pocas horas verificar cómodamente un trayecto que si bien de 18 á 20 leguas solo, no exigia menos de dos ó tres días de viaje incómodo y cansadísimo, ya fuese en piragua, ó bien en caballerías por los barrancos.

En fin, Panamá, camino de Eldorado, tránsito de ambos mundos, ofrece de hoy mas un trayecto directo, una multitud de viajeros y emigrados y á la gran porcion de mercancías de gran precio que desde Nueva-York y de algunos puertos de Europa se dirigen al Perú, Bolivia, Chile y á la California, con los que corresponde Panamá por medio del servicio de los vapores, y aun hasta en los diferentes Archipiélagos que siembran el Océano en Filipinas y en China. Lo que es bajo este punto de vista auguramos un brillante porvenir al ferro-carril de Panamá. El puerto de esta ciudad sobre el Pacífico goza ya de alguna importancia comercial. En 1852, por ejemplo, recibia 312 entre buques de vela y de vapor, importando 144,000 toneladas, exportadas en 1,212 millones de mercancías; por lo que respecta al tránsito á través del istmo de metales preciosos, ascendia al valor á 1,124 millones de reales vellon, y el número de pasajeros al de 25,690 viajeros.

Quizá no seamos temerarios al presagiar que no se han de pasar muchos años sin que el camino de hierro haya aumentado diez veces mas ese movimiento de hombres y cosas, pero con una condicion, á saber: que la compañía acceda á rebajar la tarifa de sus precios que son exorbitantes; el trayecto del istmo de Panamá, de pocas horas como llevamos dicho, cuesta nada menos que 25 duros, y el trasporte de equipajes y mercancías es todavia mas caro en proporcion, y cualquiera puede conocer que no es este el mejor sistema para atraer un gran concurso comercial.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 4 abril 1855.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO TERCERO.

Nosotros, que en materias religiosas distamos tanto de la incredulidad como del fanatismo, hemos dicho que el amor puro y verdadero es el amor filosófico, racional, y por lo tanto religioso; que nunca estan reñidas en la mente del hombre la religion y la razon; que nunca tampoco puede ser un sentimiento puro cuando se halla reñido con la inteligencia. Un amor humano no es amor: es un instinto grosero y carnal, una pasion veleidosa é inconstante que por lo regular ha menester de un crimen para satisfacerse, y que desaparece arrastrada por el huracan de otra pasion, dejando solo en pos de sí las funestas huellas del remordimiento. El amor como sentimiento, puesto, depositado en nuestra alma por la divinidad, como misterioso lazo que nos une á ella, es un amor ideal, religioso, creyente, lleno de consoladora fé y de risueña esperanza. En el amor del hombre á la mujer solo ha de haber pureza de origen, rectitud y santidad de miras. La mujer al conceder al hombre los sentimientos de afecto que brotan, siempre bellos, siempre fecundos en su alma, deberia repetirle con toda la majestad que infunde su virtud, aquellas terribles palabras que los primeros ministros del cristianismo decian á los fieles al acercarse estos á la mesa santa: *Sanctis Sanctis*: las cosas santas son para los santos. Si: estas y aun mas severas palabras debiera decirle, mostrándose fuerte con su debilidad, imponente con su belleza.

Porque el hombre es quien hace culpable á la mujer; él es quien primero la halaga y después la seduce y pervierte. El es quien la ve, la persigue, la acosa por todas partes; quien cual otro caiman exhala de su pecho el hábito emponzoñado que la atolondra, la enloquece y atrae irresistiblemente á la muerte. Y por eso decimos que el hombre para

amar con digno y puro amor á la mujer há menester antes de fijarlas en la tierra, elevar sus limpias miradas al cielo: há menester de engrandecer, de santificar su amor. Y para santificar este amor, para elevarle, há también menester de ser virtuoso y creyente. Mas los poetas provenzales tienen por ventura esa virtud, esa fé que nosotros requerimos como base de todo sentimiento noble y elevado del corazón? Hemos ya dicho terminantemente que no. Ahora nos reiteramos en ello. En efecto, veamos cuál es el espíritu religioso de estos poetas, y veámoslo con los datos que ellos mismos nos suministran.

El duque de Aquitania y conde de Poitou, Guillermo IX, famoso trovador del siglo XII, osa, y es el primero en la edad media que haya concebido semejante osadía, osa sacar la espada en medio del templo del Señor y levantarla fulminante sobre la cabeza del obispo de Poitiers, quien con acento severo le reconviene de sus iniquidades. Este nos refiere en sus poemas, en sus *tenzones* amorosas, que le había robado la mujer al conde de Châtelleraut y que se había casado públicamente con ella. Cosa anómala y singular, pero que no lo es en los trovadores, y que prueba que no se olvidan del ejemplo de Mesalina casándose con su amante á presencia del emperador Claudio. Cosa fatal, crimen escandaloso, que no se creen dispensados de llevar á cabo estos poetas, del que ni se enmiendan ni arrepienten, y que es uno de los actos usuales de su vida privada. Crimen que para ellos no es mas que el cumplimiento del primer precepto del código de amor, que dice *no ser escusa legítima contra el amor á otro el matrimonio*. Crimen que no es mas que la continuación de esa serie de aventuras inmorales cuyos actores son ellos, y cuyo teatro los castillos feudales á cuya benéfica y protectora sombra se albergan.

La quinta canción de este poeta nos manifiesta que por algo mas que por el rapto de la mujer del conde pudiera haberle reprendido el celoso obispo de Poitiers, á quien amenazaba en lo sagrado del santuario.

Por punto general todos los trovadores son irreligiosos, porque son inmorales. Pero donde principalmente se manifiesta con su repugnante fealdad el espíritu irreligioso que se agita funesto en su mente, es en aquellos trovadores que cultivan la sátira ya de un modo directo, ya indirecto. Es decir, que ó solo son poetas satíricos, ó á este carácter añaden además otro. Pedro Marcabru, Pedro de Auvergne, Bertrand de Alamanon, Rambaldo de Orange, Gerardo de Borrell, el monje de Mont d'Or, Peiron de Roquefort, y en particular Pedro Cardenal, el mas notable de estos poetas satíricos, quienes como los demás de esta literatura florecen, ó al menos existen en el tiempo que media entre los siglos XI y XIV, ponen constantemente por blanco de sus punzantes sátiras al clero y á las órdenes monásticas, representantes de los sentimientos religiosos, ó si se quiere fanáticos de la edad media. Y como el símbolo es inseparable de la idea que representa, claro es que al atacar á aquel se ataca igualmente á esta. Y dirigen estos impuros poetas su *volleriana* saña contra las ideas religiosas, y las ridiculizan y escarnecen, y las insultan con encono y amargura.

El monje de Mont d'Or establece en tono burlesco un diálogo entre las mujeres, á quienes por cierto trata con la mayor crueldad, las paredes de una iglesia y Dios. Hacer que el Ser Supremo forme un *duo* familiar, un cómodo *tete-a-tete* con las tapias de una iglesia, en pleno siglo XII, cuando para rescatar del poder de los infieles los lugares que aquel habitó en la tierra se levanta toda la Europa cristiana y se arroja sobre el Asia, como un solo hombre, según la espresión de las crónicas contemporáneas ¡qué impiedad! ¡qué cinismo!

No hallaremos á buen seguro entre las poesías de Bertrand de Alamanon una que esté exenta de violentos ataques contra el papa Inocencio III, el arzobispo de Arlés y las mujeres.

Los trovadores, gente muy entendida en eso de pasarlo cómodamente, en eso de ir saboreando uno á uno los dulzores de la vida, gustaban poco de trocarlos por las incomodidades inherentes á las Cruzadas: incomodidades que solían con frecuencia tomar un nombre mas duro. Así que, al paso que todo cristiano que siente en esta edad hervir en su pecho el vivo fuego de la fé, empuña la espada y toma el hábito del cruzado, raro es el trovador que sigue tan noble y espontáneo ejemplo. Si alguno se encamina hacia Tierra Santa, va triste, místico, irritado, y va arrastrado por la fuerza fatal de las circunstancias, entre las cuales se vuelve y encara, y protesta con energía. Siempre que seguimos al trovador marchando á los Santos Lugares, impelido por ajena voluntad, nos representamos á Bertramo en el tercer acto del Roberto lanzado por las llamas del infierno y deteniéndose y encarándose con ellas.

Y llegado al suelo de Palestina cuelga la inútil espada, como los hebreos colgaron sus enmudecidas arpas á los sauces de las riberas del Jordán, rasga su vestidura sobre al cual se ostenta la cruz de la redención, y se entrega risueño á todos los placeres y liviandades que constituyen su habitual modo de vivir. Y estos poetas impíos hollan con planta indiferente, como dice Larra, los sitios que ha santificado la sangre del Salvador. La robusta voluntad del señor feudal de quien

depende; un acto de desesperación profunda que le obliga á decir como á los infelices troyanos:

Una salus victis, nullam sperare salutem.

Estas ó análogas son las causas que llevan al trovador á la cruzada. Por una de estas causas marchó á ella el trovador Peiron de Roquefort. Por haberle dado su dama, la dama de sus pensamientos, y habíamos en estilo vulgar, *sendas calabazas*.

Pero quien mas que otro cualquiera quiso hacer ostentoso alarde de su espíritu irreligioso, proclamándose con voz en grito *albigense*, es el famoso Pedro Cardenal, el *Caton* de los poetas provenzales. Y con razon decimos el *Caton* de estos poetas, porque nosotros no hacemos diferencia alguna entre este romano y Salustio. Ambos tenían la severidad draconiana en la punta de la lengua: por aquello de que *no es lo mismo predicar que dar trigo*. Este Pedro Cardenal no titubeó en habérselas directamente con el Ser Supremo y decirle con quijotescos humos: «O llévame adonde estaba antes de haber nacido, ó sino no me condenes.» Innumerables citas pudiéramos traer en apoyo de lo que decimos acerca del espíritu irreligioso de estos poetas y de su modo de ver y tratar las cosas mas elevadas y santas. Lo espuesto basta para formarnos una idea cabal. Hombres de tan poca fé, de tan pocas creencias, de ninguna conciencia religiosa, ¿cómo habian de tenerla moral y también social? ¿cómo habian de considerar al amor? ¿cómo á la mujer? Ya hemos visto lo que hizo el trovador Guillermo de Aquitania con la mujer del conde Châtelleraut á quien dirigía sus trovas amorosas. Prosigamos.

Bernardo de Ventadour, tipo perfecto de trovadores, y cuyos modestos timbres nada tienen de ducales, pues es hijo de uno de los mozos que sirven la tahona de los señores de Ventadour, paga el amor, el cariño, la protección constante y eficaz del conde su señor, que le educa á sus espensas, introduciendo en su tálamo funesto adulterio. Hace mas; y nos tiembla la pluma al referirlo: dirige su profano amor, su amor seductor, á la bella é inocente Adelaida, única hija del bondadoso conde, y hace que al soplo abrasador y emponzoñado que se exhala de su pecho, se marchite la flor de preciosa virginidad. Mas no se contenta aun con esto la ciega, la delirante y febril pasión del trovador de Provenza. Ya casada la virtuosa Adelaida, la persigue hasta en el sagrado recinto del matrimonio; y así como le había introducido en el casto lecho de la madre, introduce también el adulterio en el lecho virginal de la hija. Igual pago dió por la protección que le había dispensado el trovador Guillermo de Cabestrans á Raimundo, conde de Rossellon. Mas su mujer Margarita tuvo pronto ocasion de arrepentirse de haber oído benigna sus primeros versos y haber implorado en su favor la cariñosa bondad de su marido. El conde Raimundo, sabedor de los ilegítimos amores que manchan su hogar doméstico, da cruel muerte al trovador, le arranca el corazón, se lo hace comer á su esposa en un festín, y se prepara luego á darle muerte: aturdida la infeliz mujer, lánzase fuera de la habitación y se arroja por una elevada ventana del castillo.

Guillermo de Aquitania, trovador ya citado, comparaba en sus canciones el amor que tenía á dos bellas damas, al que profesaba á dos pujantes caballos propios para el torneo: ya se comprende para qué quería las damas el famoso trovador. El trovador Blacas, cortado á lo Guillermo, pretendía que consiste tan solo el verdadero amor en verificar aquello de *llegar y besar el santo*. Y tenía costumbre de decir este cantor de *tenzones*, que «el que roba un sombrero ó una espada debe ser mas castigado que el que deshonor á una mujer.» Y por último, y para recorrer toda la escala de los crímenes sociales, se enamoró el trovador Cabenets de una virtuosa monja de Aix.

Estos son pues los poetas de la Provenza. Este es el puro amor que celebran en sus canciones. Esta es la galantería de que se dice hicieron cumplido alarde para con las damas. Si esto es amor y galantería, repitamos de nuevo las palabras del virtuoso Fabricio:

Da meliora piis erroremque hostibus illum!

Pero ninguna prueba mejor de lo que decimos acerca de los caracteres morales de estos poetas, que el contemplar el término que á su vida aventurera y escandalosa ponen la mayor parte de ellos. Aquella concluye en uno de los términos del siguiente dilema. O mueren de muerte trágica, ó llegan al fin de días menos borrascosos como Bernardo de Ventadour, Armando de Marveil, Hugo Brunet, Cavenets y otros en la apacible soledad de un monasterio. Prueba también de lo que hemos dicho acerca de las tendencias altamente religiosas de la época que atravesaban estos poetas: tendencias que forman esas circunstancias sociales que arrastran á los hombres.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

Sobre el antiguo Consejo y Cámara de Castilla.

Muchas veces se oye decir: ¿el antiguo Consejo de Castilla para qué servía? Era ya un tribunal raquítico y sin fuerza, dependiente de la voluntad de los monarcas absolutos, habiéndose estos abrogado la parte de soberanía que sin detrimento de la del trono gozaba ó debía gozar aquella respetable asamblea de sábios y virtuosos consejeros de la corona: todo este lenguaje no es exacto. La verdadera ciencia y la sólida virtud no se doblegan siempre al capricho, al favoritismo, y mucho menos á la injusticia; pues la aureola que resplandecía sobre las sienes de aquellos sábios como virtuosos consejeros, no era tan fácil se dejase empañar y oscurecer su brillo por innobles pasiones, cuyo negro hálito convertiría al fin de sus días en humo toda su gloria ganada entre vigiliat, entre afanes y en el cumplimiento de sus deberes. No puede ser: hay cosas que se resisten á las deducciones de una lógica trivial, que por la corteza se empeña en escudriñar la esencia de las cosas mismas que ve, é ignora sus principios constitutivos. El Consejo de Castilla, como institución humana, podría en uno que otro de sus ministros adolecer de algunas flaquezas; su vigor en parte haberse enervado; su entereza haberse hecho sospechosa, y el brillo de su radiante aureola padecido algunos ligeros y parciales eclipses, que desaparecerían y no serían duraderos, cuando las ocasiones de grande y conocido interés para la patria y para el trono reclamaban su poderosa intercesión y su voz soberana. ¿Quién puede dudar? Mas de dos veces hizo eco saludable en los augustos oídos de los monarcas. Los tiempos que pasaron y los contemporáneos á nosotros nos ofrecen ejemplos de esta verdad. ¿Quién hizo frente y oposición á las interesadas osadías y tenebrosos manejos del baron de Riperdá, primer ministro de los reyes Felipe V. é Isabel Farnesio? El Supremo Consejo de Castilla, con su presidente el obispo de Sigüenza. Y en el reinado de Carlos IV, cuando por la rápida exaltación de un favorito (1) á las mas encumbradas dignidades llegó á ser el ídolo ante quien media nación ofrecía el incienso de sus adulaciones, aun con menoscabo del decoro del trono, de cuyo cetro disponía á su arbitrio, ¿quien sino el Supremo Consejo, que presidía el benemérito conde de Montarco, supo mas de una vez cortar el vuelo á la desmesurada ambición del Favorito, que quiso sentarse, no en las gradas, sino en el trono mismo como regente del reino, hollando los derechos del príncipe de Asturias Fernando de Borbon? Y no lo habiendo conseguido, ¿no intentó tambien avocar á sí, como lo hizo el baron de Riperdá, todas las causas y pleitos fenecidos en los tribunales superiores para hacerse el árbitro regulador de todos ellos? Demos pues gracias al soberano Consejo de Castilla, que no temió las iras y el enojo del idolatrado magnate, á quien tantos y tantos doblegaban sus rodillas.

La siguiente respuesta, que en cada línea y en cada palabra se dejan ver la energía del lenguaje, la conciencia de sus convicciones, el celo pátrio, el amor al trono, y el espíritu profético de aquellos consejeros encanecidos en el desempeño de sus altas y soberanas tareas judiciales, diplomáticas y políticas, á cuya inspección debían someterse los asuntos mas áridos que ocurrir pudieran en nuestra España, claramente nos dice que el Consejo de Castilla aun tenia el vigor necesario para hacer frente al despotismo y arbitrariedad de que aquella ha sido víctima en muchos reinados de monarcas débiles ó sorprendidos por la astucia en su buena fé. La respuesta á que me refiero, y que se inserta abajo, debe ser de pocos conocida; hace mas de 46 años que la poseo, y que conservo como un documento histórico: ¿y no merecerá ocupar una columna del Semanario pintoresco *ad perpetuam rei memoriam*? Espero esta gracia del entendido editor del periódico semenal.

Respuesta acordada por el Real Supremo Consejo y Cámara de Castilla á S. M. D. Carlos IV, en contestación á la Real orden que le espidió en 12 del corriente mes. «Señor: Leida que fué la Real orden de V. M. en consejo pleno con asistencia de sus fiscales, no pudieron menos los ministros que le componen de prorumpir en un continuo y amargo llanto. Meditada que fué la espedita Real orden con un atento y prolijo exámen en la posada del Excmo. señor conde de Montarco su gobernador, acordó el Consejo pleno debía contestarle á S. M. en términos sucintos y análogos, manteniendo siempre el Consejo aquella dignidad y soberanía que no ignora V. M. tiene por su primitiva constitución. Cuando el Consejo pensara, Señor, tener en V. M. un asilo y refugio, cual es necesario contra el inmenso torrente de contradicciones, tiene el desconsuelo y amargura de verse abatido y ultrajado por su mismo soberano. Pero no; no puede el Consejo creer que en el heroico corazón de V. M. quepa un ultraje tal. No ignora el Consejo cuál ha sido la vil y abominable pluma, que usurpando el sagrado nombre de V. M., ha escrito ó dictado la espresada Real orden. La

sentencia dada por el Consejo en el pleito visto en 3 del corriente mes, que cita V. M., es justísima por todo estilo, y el Consejo es capaz de hacerlo palpable á V. M. por cuantos códigos de jurisprudencia existan en la nación: el que á V. M. ha pretendido hacerle ver lo contrario es un vil seductor, que fuera mejor para el bien comun se le hubiera confinado dias há en el último rincón del universo. Pero dejemos esto; pues bien conoce el Consejo no es sazón oportuna para internar en materias tales.

»Dice V. M. en su Real orden hallarse agobiado en gran manera el paternal corazón de V. M. con los continuos males que amenazan á sus amados reinos. Dice bien V. M.: males amenazan, y males quizá, Señor, que llegarán hasta el augusto trono de V. M. ¿Desde cuándo, Señor, se halla nuestra amable patria en un estado tan deplorable? Desde que V. M. ha cortado las facultades soberanas que deben residir en su Consejo. Si, gran señor, desde que el Consejo se halla desposeído de aquel poder legislativo que tiene por su primitiva erección; desde aquella época ha ido decayendo mas y mas nuestra sabia monarquía. Camina, Señor, nuestra España á su propia y total ruina. El Consejo ve con harto dolor de su corazón ante sus mismos ojos la destrucción de estos reinos, y lo que es mas (tiembla el Consejo, gran Señor, al proferirlo) la execrable aniquilación del augusto trono. Recorra V. M. si gusta la historia de los emperadores romanos, y entre ellos encontrará V. M. á un Julio César cosido á puñaladas en medio del Senado y en su mismo trono por dos viles asesinos, á quienes mas habia colmado de beneficios el heroico corazón de aquel monarca. Si, Señor, por sus mas favorecidos y ensalzados. Despierte pues V. M. de su profundo letargo en que yace sumergido tanto tiempo há: ya es hora, Señor, de que la España mire por su causa propia. Deseche V. M., le suplica el Consejo, esos viles seductores que le rodean. Restitúyale, Señor, V. M. su antiguo poder y dignidad; y de lo contrario la experiencia, fiador seguro al criterio en las opiniones encontradas, acreditará el comun sentir del Consejo; es decir, la destrucción de estos reinos, el total esterminio de su corona. No puede el Consejo prescindir de hablarle á V. M. con esta claridad, sopena de gravar eternamente la conciencia de los ancianos ministros que le componen. Si V. M. no interpone toda su autoridad y poder para atajar estos males; si V. M. no deja obrar á su Consejo como el tribunal soberano que es de la nación, bien pronto, Señor, tendremos los españoles el desconsuelo de vernos nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos hechos esclavos de nuestros únicos vecinos y comarcanos.

»En cuanto á lo que V. M. dice en su Real orden, que todas las sentencias dadas por la sala de mil y quinientas antes de su ejecución, se le remitan á V. M. para ser anotadas por su secretario de Estado y del despacho universal, ha acordado el Consejo pleno, que mientras subsista tal, no debe permitir ser residenciado por un particular. El Consejo, Señor, es un soberano por constitución de la nación, y como tal, no deben sus decretos ser juzgados por un vasallo. Esto es cuanto le parece al Consejo debe contestarle á V. M. en respuesta de su Real orden; V. M. por las leyes del alto y supremo gobierno hará lo que mejor le parezca, pues siempre el Consejo ha salvado el Real y acertado parecer de V. M. Dios guarde á V. M. muchos años.»

¿Necesita comentario alguno la anterior respuesta, digna por muchos conceptos del supremo tribunal de la nación? Bien á las claras y sin rodeos y en circunstancias demasiado azarosas dicen sus autores verdades desnudas al monarca entonces de dos mundos: aquellos no desoyeron los clamores de la conciencia pública, que pedía el remedio de tantos males que aquejaban á los españoles, dignos siempre de mejor suerte; y cumplieron con un deber sagrado que hará eternos sus nombres en la triste historia de los últimos tiempos de la nación española.

T. C. DE S.

Pozan de Vero 9 de abril de 1833.

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LOS ORGANOS, POR EL PROFESOR DE FÍSICA D. JUAN MIEG (1).

ARTICULO SEGUNDO.

En el número del 23 de febrero de este periódico hemos procurado dar á nuestros lectores una idea de la antigüedad de los primeros instrumentos musicales comprendidos bajo el nombre de *órganos*, tomado en su mas lata acepción, indicando generalmente lo que los antiguos artistas solían llamar *órganos pneumáticos* y *órganos hidráulicos*. Siglos hace que ya no se construyen instrumentos de esta última clase, cuya figura se puede ver todavía en las antiguas obras de Kir-

(1) D. Manuel Godoy.

(1) Véase la lámina del número 14.

cher, de Schott, etc. No trataremos pues en lo que sigue sino de los órganos neumáticos perfeccionados, ú órganos propiamente dichos, con teclado manual, en cuyos caños ó flautas el sonido se engendra á favor de una corriente de aire producida por uno ó varios fuelles.

En los interesantes periódicos franceses la *Illustration* y del *Magasin pittoresque*, los redactores trataron del clave y del piano-forte, del arpa y de varios instrumentos de viento. Pero me parece que en ninguna de dichas obras hablaron del órgano, del instrumento mas antiguo y mas-armonioso, del rey en fin de todos los demás instrumentos.

El mecanismo del órgano, sin ser muy complicado, es de los mas ingeniosos: pero para no multiplicar las figuras, nos limitaremos aqui dando una idea general del modo con que el movimiento de las teclas hace sonar las flautas ó caños correspondientes al sonido que el organista quiere producir.

Debajo del teclado A B del órgano se halla dispuesta en todo su ancho una caja horizontal herméticamente cerrada, que se llama artisticamente el *secreto*, y cuyo corte vertical está figurado en C D.

Esta caja es propiamente el depósito de aire en cuya capacidad interior el fuelle ó los fuelles condensan mas ó menos dicho fluido elástico. Veamos ahora el mecanismo sencillo que encierra dicha caja. La tapa ó pared superior de este depósito se halla socavada interiormente en una abertura ovalada K L, cubierta exteriormente por una tablita, y tapada interiormente mediante una válvula H I forrada con piel de gamuzá ó de ante, y movable en H á favor de una visagra ó charnela del mismo material flexible. Esta válvula se halla sujeta y aplicada contra la tapa superior mediante un muelle de alambre elástico F G E, que por el extremo F se apoya en dicha válvula y por el otro E está fijo en el fondo inferior del secreto. En la tapa superior del mismo se halla taladrada una canal horizontal K R, comunicando por un lado con la abertura ovalada K L, y por el otro con un tubo mas ó menos largo R O, destinado á dirigir la corriente de aire en una especie de soquete P que sostiene las flautas Q.

Conocida ya esta disposicion, supongamos que el dedo del organista se apoye en el extremo B de la tecla BA, movable alrededor del punto A como eje. Bajando la tecla, esta empuja un corto alambre ó



(Vista de Monterey en la California.)

varilla M N que atraviesa en direccion vertical y con cierta flojedad la tapa superior del secreto, y por consiguiente hará bajar igualmente la válvula interior H I, de modo que resulte una pequeña abertura entre la válvula y la tapa superior, por donde el aire condensado en el secreto pueda escaparse, introduciéndose por la abertura K L en el tubo K R O, y en seguida en la embocadura de la flauta correspondiente para hacerla resonar. Durante todo el tiempo que el dedo se apoya en la tecla, la válvula H I mantiene abierta la abertura K L, y por consiguiente sigue sonando la flauta; pero en el mismo instante que el dedo quita la tecla, la válvula en virtud de la elasticidad de su muelle cierra dicha abertura interrumpiendo la corriente de aire, y calla la flauta á que se dirige. Ahora bien: el mecanismo que se acaba de describir respecto á una tecla única, se halla repetido tantas veces como hay teclas en un teclado de órgano, y cada uno de los tubos como K R O conduce la corriente de aire en su flauta correspondiente, cuya serie total constituye las cuatro ó cinco escalas cromáticas contenidas en toda la estension del teclado, y semejante serie de flautas ó caños es lo que se llama un *juego* ó *registro* de órgano.

Mediante un mecanismo ingenioso, en cuya descripción no podemos detenernos aqui, el aire condensado en el depósito del secreto se puede al arbitrio del organista conducir en diversos juegos ó registros, á veces muy distantes del teclado, de modo que suenen simultáneamente una multitud de flautas y caños de diversa especie. Tampoco podemos describir aqui la construcción de las diversas especies de caños de órgano: de los que llaman propiamente *flautas*, en que la generación y calidad de sonido difiere totalmente del que producen los caños llamados de *lengu-terta*, los cuales imitan mas ó menos la trompeta ó corneta, ó el clarinete, el fagot, y hasta la voz gangosa de una vieja. El lector curioso puede hallar todos los pormenores concernientes á la construcción de los órganos en una obra estensa titulada *le facteur d'Orgue par Dom Bedos*; y mejor todavia en la *Enciclopedia metódica francesa*.

El interior de un órgano grande ofrece un Dédalo complicado de tubos, palancas, válvulas, muelles, alambres, hilos, consiguiendo bajo los dedos y piés de un organista hábil imitar todos los instrumentos conocidos y hasta los efectos de una tempestad con huracan y truenos.

Los primeros órganos, muy imperfectos sin duda, se construyeron cuando el arte de la música se hallaba aun en su infancia. Según la tradición, el primer órgano fué enviado por Constantino VI (Capromino, emperador del Oriente) al rey Pepino, padre de Carlomagno, en el año de 757; pero los signos de la música y el compás no se inventaron sino en el siglo diez y seis, aunque el conocimiento de nuestra escala diatónica incompleta suba hasta en los tiempos remotos de la Grecia (*). Aquel órgano primitivo se colocó en la iglesia de San Corneille en Compiègne. En el año 811 algunos embajadores venidos de Constantinopla llevaron á Francia dos pequeños órganos, y en 822 el rey Luis (el debonario) mandó colocar en la iglesia de Aquisgran un órgano construido por un monje veneciano.

Entre los órganos modernos, se cita como uno de los mas magníficos de Europa el de Harlem, en que se cuentan 68 registros con ocho mil caños. El órgano de Friburgo, en Suiza, con 64 registros, cuatro teclados y 7,800 caños, algunos de 32 piés. El mas hermoso órgano moderno de Francia es el de Saint Denis (San Dionisio), cuatro leguas de París, establecido en 1841, cuya figura y descripción se pueden ver en la obra periódica titulada *Magazin pittoresque* del año 1843. Otro órgano magnífico, mas reciente todavía, es el de la iglesia de Santa Magdalena de París, cuyo diseño y descripción se hallan en el número 193 de la obra periódica titulada *L' Illustration* del mes de noviembre de 1846.

En Madrid no poseemos órganos muy grandes; ninguno que yo sepa tiene mas de dos teclados, ni caños de *contrá* en los pedales de 32 piés, como en la catedral de Toledo. Hay dos diferencias notables entre los órganos de España y los de otros países: en primer lugar, la mayor parte de los caños que corresponden á los registros de lengüetería (trompetas) se hallan descubiertos y en una posición horizontal, mientras que en los órganos extranjeros todos los caños se hallan siempre encerrados y en posición vertical. En segundo lugar, los órganos extranjeros son en algun modo dobles: pues delante del instrumento ó *grande juego* hay otro órgano pequeño llamado el *positivo*, con sus registros y teclado particulares. El organista se halla sentado entre ambos instrumentos, de modo que no se le ve; pero él puede sin embargo ver todo lo que pasa en el coro á favor de un espejo inclinado colocado á cierta altura por encima de su cabeza. En el órgano de la iglesia de la calle del Carmen de esta corte parece que el constructor ha querido recordar en algun modo esta disposición.

(Continuará)

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

(Continuación.)

Preciso es auxiliar á la condesa en su rencorosa conjura. No se arriesga nada... y se puede alcanzar el todo. Pues... los peligros para ella... los resultados para mí. Por ahora mi papel es corto y fácil. Dominando el frágil espíritu del almirante, le haré pensar como yo quiero que piense... y por hoy yo pienso lo mismo que piensa mi buena hija de confesion. Despues... Dios dirá! No sé... pero páreceme que entreveo el punto adonde camina la condesa. Cuidado no obstante! ¿Será acaso que tenga miras amorosas sobre D. Pedro Giron, y las quiera disfrazar con la máscara de esa apariencia para el disimulo de sus deseos, haciéndome instrumento de alguna liviandad?... Las mujeres son capaces de todo!... Mas no... no... Doña Ana, la conozco bien, tiene un corazon estéril... y nunca ha latido ni puede latir por nadie. Bueno será, con todo, irse con el pié sentado, no se pierda en un día la obra de toda la vida. El almirante, á lo que veo, no ha de tener parte en el asunto. Bien para mí. Con eso, como yo he de comunicar al cardenal las ventajas de su éxito para la causa del emperador... es natural que no me quede en segundo término. Tanto mas, que la condesa no puede hacer alarde de su accion por sus compromisos de mujer. A mas que, conseguido su objeto especial, lo demás ni la atañe ni la importa. Y ¿qué lograría con intentar desvirtuarme?... Mi reputacion es un invencible antemural. Y en el último caso iríamos al César, y allí... haríamos callar, si contra nos ir quisiera, á su eminencia. Oh!... yo sé ciertas particularidades que monseñor no quiere que salgan de él y de mí. En suma, otro va á dar la batalla, y yo seré el triunfador. Que me place!

(*) Se sabe que en el año 4200 *Guido d' Arezzo* substituyó los nombres de nuestras notas musicales á las cuatro sílabas de los griegos. Pero la última nota si de nuestra escala diatónica no fué añadida sino algunos siglos mas tarde.

Mientras tan sabrosamente divagaba el reverendo por los espacios de su ambicion, no pudo percibir que el cántico canónico habia cesado, y desaparecido del coro la comunidad; que los fieles se dispersaban silenciosamente, y que la iglesia quedado habia sin mas luminarias que la temblorosa lámpara de la capilla mayor. Quien un momento despues hubiese visto al fraile atravesar el templo entre el claro oscuro de tan inciertos y tibios rayos, hubiérale creído el génio de la soledad.

CAPÍTULO V.

PAJE Y ESCUDERO.

Apenas el pálido resplandor de una fria y desapacible madrugada permitia delinearse sobre el espacio las escarchadas cumbres de la humilde cordillera que baña el Sequillo con escasos y perezosos caudales, destacase entre los fugitivos vapores columpiados por la brisa un viandante, que caballero sobre modesto jaco, llevaba á razonable brida la vuelta de Tordehumos. Por su ancho sombrero sin pluma ni escarapela, y por el sencillo ferruero que le resguarda de la intemperie, por bajo del cual asoma la contera de añosa y prolja espada, parece algun hidalguero del contorno muy acostumbrado á cruzar esta vereda, segun el descuido con que deja á su cabalgadura avanzar por sendas y cortes escusados al término de su direccion. Ya enfrontaba el taciturno caminante al pequeño lugarcillo de *Santiago de la Puebla*, y no habia tenido aun ocasion de sacar su rostro de entre el embozo, cuando vino á sacarle de sus meditaciones el trote de cierto tordillo, que con ligero y desenfadado ginete desembocaba de unas corralizas, que por aquella parte limitan la aldehuela, y viene trasversalmente por la vereda que lleva nuestro desconocido. Recoge este su montura, no bien observa la aproximacion de aquel, que no por este preparativo se cura de cortar cierta tonada medianamente sediciosa, que á media voz va modulando al compás de las sonoras pisadas de su revoltoso palafren. A lo mas animado del ritornelo cruzaba airosamente por delante de su encapotado observador; pero viene á suspender su peligroso pasatiempo un acento brusco y gutural que salió para el filarmónico mancebo como del centro de la tierra.

—¡Cuidado con la música, seor niño, que suele de vez en cuando hacer cantar en la vihuela de la plaza mayor!

Con mal talante se disponia el mancebo á contestar á tan impertinente salida, segun el aire con que metia mano á la riquísima daga que orna su cinto en respunteado ceñidor de flexible cordobán, y á juzgar por la resolucion con que revolvió su tordo sobre el lenguaraz que asise entrometió en dar consejo á quien no le ha menester, haciendo mas de lo que Dios ordena en las obras de misericordia. Pero en el instante de afrontar con el impasible apostrofador, y de lanzarle un ex-abrupto de injurias, las palabras se evaporan de sus labios, despéjase su nublada faz, y prorumpiendo en una estrepitosa risa:

—¡Por cuánto, esclama, se habia de aparecer can que royerá el hueso!... ¿Adónde tan aina el bueno de Belardo Mendaya?...

—Siempre tendreis el achaque de atolondrado y parlero como un mirlo mal criado.

—¡Qué quereis!... Me crispo de gusto cuando saco de sus casillas á los abuelitos de claro-oscuro mostacho y de añeja y fabulosa catedral!... Es un vicio que adquirí en tiempos de mi pedadogo, y que ahora me sabe como jamás.

—Si... sí... pero que os tiene de costar algun tropezon, que os deje estupendo y duradero cardenal.

—Lo sentiré, si ha de estar vaciado en el molde que el vuestro y el de vuestros ludesquisimos señores! Bien que ese cardenal ya se va convirtiendo en verdugo.

—¡Mal calambre atenácese al rapaz!... Si digo que vais derecho á la torre de Simancas!...

—Descuidad, honrado Mendaya, que yo cuidaré tengais en ella un alojamiento cómodo, por si el hospedaje no es tan breve como quisierais. Yo soy amigo de mis amigos... eso es otra cosa; y prometo interponer mi valimiento para que veais colgar holgadamente á los ilustrisimos flamencos de *casa y corte*, siquiera en recompensa de las agujetas que ahora os hacen pasar de ceca en meca, y de las genuflexiones y corcobos que les teneis hechos en descuento de vuestras culpas y pecados.

—¡El diablo cargue con el hablador y su ralea!...

—¡Hola, hola!... Parece que ya hemos dado en lo vivo!... Soberbio! Adelante con la música! ¡Vaya otro chiste, oh católico y bien asendreado escudero!

—¡Niño, niño!... Pero mejor será me deis proseguir mi camino, y que vos roguéis á Dios que os guie por donde mas convenga á la salud de vuestro cuerpo y á la de vuestra alma.

—Amen, repuso el jóven con acento burlon y picaresca sonrisa. Pero rogad á Su Eminencia que aparte al diablo de mi vereda!

—¡Hum!... prorumpió el anciano escudero ya completamente amostazado, aun habeis de hacer que riñamos de veras antes de marchar... y lo sentiría á fé de hombre de bien!

—Tengamos paz, señor Belardo, tengamos paz, que mas falta os hace á vos que á mí. ¡Qué diablo!... Para amigos es la franqueza.

—Sí, pero á veces, Elvir, pasais del fiel! Acostumbrado á vuestra santísima voluntad, por el cariño y deferencia del Sr. D. Pedro Giron, creéis que todo el reino es su casa y todo viviente su vasallo. Y esto, como veis, ni es justo ni á nada grato puede conducir. Yo no sé cómo S. E. puede sufrir vuestros arriesgados juegos y estrepitosas travesuras, ni cómo no teme que vuestro natural intrépido y caprichoso, viciado con tan holgada crianza, le proporcione algun día pesares duros y peligrosas trascendencias.

—No sabeis de la misa la media. El duque sabe bien que bajo la corteza del niño se alberga el corazón del hombre, y que este rapazuelo, que le despluma los gerifaltes y tizna lo caro de sus rodriñones, tiene bastante seso para entender lo que cumple á su señor, y no pe-rezoso el brazo para distinguir sus amigos de sus enemigos.

—Y á propósito, Elvir, ¿dónde pasea por la presente vuestro señor?

—Habeis de saber que en tiempos como los que corren no lo pueden preguntar todos, ni siempre.

—Mis razones tengo para ello.

—¿Mensaje tenemos en campaña?...!

—¿Dónde está vuestro duque pues?

—Mirad, misterioso señor Belardo, allí despunta por entre ligeras neblinas la atalaya de Tordehumos. Sacad conmigo vuestro bucéfalo á paso de mercader, y de aquí á media hora quizá tengais algunas noticias de mi señor.

—Es decir...

—Que arrimeis el hierro con gentil despacho, porque mi Baronés ya se impacienta con tanta plática, y la mañana no está muy de flores para tomar la verbena.

Y diciendo y haciendo rápidamente girar sobre el cuarto trasero á su corcel, echó á media rienda por el camino arriba, siguiéndole el mal atalantado escudero, que iba por lo bajo, y al compás de penoso galope dando á Mahoma todas las ricas-fembras que desde la Iliada hasta el presente año de gracia han suspirado por garzones de ánima senfida y degentil primavera.

(Continuará.)

JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

CAPÍTULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo: Bruna se habia casado con un primo de Justa, oficial que después de buenos servicios se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y habia regresado á este pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que habia heredado de su madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera, el que hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la habia elegido por compañera.

Un día un alguacil del ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa, de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho alguacil una gratificación por los muchos pasos que le habia costado dar con la persona á quien venia dirigida la carta.

Bruna la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que habia muerto allí trágicamente habia declarado á última hora llamarse..., ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecía pues de derecho el dinero que á la sazón poseía como banquero de un garito, dinero que pasaba de cien mil duros, los que quedaban depositados en el consulado.

Difícil sería expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta! Su hija, la hija de sus entrañas, heredaba aquel caudal, y esa hija se hallaba en una posición tan modesta que rayaba en pobreza: y la odiada hija de la odiada Justa vendría por razon aparentemente natural á disfrutarlo! Antes mil veces hubiese preferido anonadar la tal herencia ocultando el aviso recibido: ¿pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos días anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolución tomar. Bruna su hija, pobre, y la aborrecida hija de Justa rica! Esta idea la desalentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles: al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija habia ido á verla varias veces, no habia conseguido ser admitida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazada, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenia aquella fuerza de voluntad que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinación. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo pues un día en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazón trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer záfia y de malas costumbres, á Bruna, la mujer morigerada, grave y escrupulosa, no era suavizado en esta, como sucedia en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia: así sucedia que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que como á los perfumes los desvia un soplo, y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las para la firme y punzante garrocha; á las segundas pertenecía Rufina; así fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida, rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello: ¡hija de mi alma!

—Señora, abstencos de estas familiaridades que me repugnan y repueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

—No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuando sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

—Señora, repuso con enojo Bruna, hacedme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pie y que me ofenden.

—No son chanzas, dijo con exaltación Rufina, no, no; escucha y te convencerás.

En seguida hizo una estensa relación á su hija de cuanto desde su nacimiento habia ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta y tan asombrada de cuanto oia, que ni aun intentó cortar aquella cinica confesion de un inaudito crimen.

—¿Qué dices, que dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecía callada, ¿qué dices de un amor de madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aun á esta madre, que ahora se aviene á publicar la sustitucion que hizo por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecía callada.

—¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar, radiante de gozosa animación Rufina.

—Me preguntaba, respondió al fin Bruna, que cuál será el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo.

—Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

—Afortunadamente aunque pudiesen ser ciertos tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podrais probarlos.

—¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

—Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de sí la carta sin mirarla, la aureola de virtud de mi madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

—No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

—Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa y señora Justa Villamencia, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciaria.

—Mira que soy tu madre! rugió sofocada Rufina.

—Mi madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en su dulce regazo me crió, y la que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta todo le debo. Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, na da les debería y con nada les pagaría.

—¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina, no es acaso acreedor, hija desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

—Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que tenia, y de la que nunca se acordó; y si lo dejó, fué porque no pudo llevarse.

—Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

—Gozará de él como es debido vuestra infeliz hija, envidiándose lo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

—Mira, mira que eres pobre.

—Señora, contestó con íntima satisfacción Bruna, soy rica, soy poderosa!

—Mira que el marqués se va á casar, tendrá hijos, y si su mujer es

avara y discola, podrá influir con él, que es un mandria, para que su prima la mesada á su hermana en vista de tener una hija casada, y entonces tendrás que mantener á Justa, esa pobre, de sopa.

—El día que mi madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el día que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

—Y á mí á mí que te he parido, me rechazas, ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

—A vos, respondió con un gesto de tedio Bruna, sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostora, os desdeño con todo mi corazón, os rechazo con toda mi voluntad, y con toda la autorización de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsión al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

Asistid á la señora; que se vaya por un coche para conducirla á su casa; por mi tío el señor marqués que le pasa una pensión, podreis averiguar su domicilio:—y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad que tenía un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.—Vete! le gritó.

La pobre niña se apresuró en obedecer.

—Ella! murmuró Rufina, esa hija desnaturalizada, no quiere la herencia de su padre, porque no era marqués ni yo soy condesa; pues á fé mía que esta necia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. Yo, yo la disfrutaré; contra siete virtudes hay siete vicios; todavía estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. Ah desnaturalizada! sé pobre; yo seré rica; pues si tú me desconoces, yo hago mas, te reniego; y si el caso llegase de verte morir de hambre, no te tiraré un hueso de mi mesa.

(Continuará.)

LA CASTELLANA.

¿Por qué está la castellana
mirando tan tristemente
desde la ojiva ventana
al sol que baja á Occidente?
¿Qué busca cuando allí mira?
¿Por qué con dolor suspira?
—¡Ay! espera
ver cuál torna el dulce esposo
que partiera,
que partiera como bueno
á combatir valeroso
por la cruz del Nazareno.

Su castillo, triste ahora,
no resuena cual solía
con la danza bulidora
ó el festín de la alegría.
Hoy en compasado acento
se oye el cantar del atento
centinela
que allá en la almenada torre
fijo vela;
ó el rechinar del rastrillo,
ó el son del agua que corre
por el foso del castillo.

Cuando el sol baja á los mares
ella al alfeizar se asoma,
lamentando sus pesares
cual solitaria paloma.
Y allá en la inmensa llanura
divisar se le figura
cómo llega
ráuda nave misteriosa
que navega
con las alas de los vientos;
y al verla, triste y gozosa,
la saluda en sus lamentos.

Y pasa la noche entera
sin notar en su martirio
que todo es vana quimera
de su amoroso delirio.

Y al ver que la clara aurora
su ilusión consoladora
desvanece,
baña el llanto su mejilla
que aparece
como en mañana de estío
blanca azucena que brilla
con las perlas del rocío.

¿Qué voz resuena á deshora
á las puertas del castillo?
—Es un trovador que llora
la memoria de un caudillo.
Perdido en la sombra oscura
canta trovas de amargura;
y en su canto
le escucha la castellana
con espanto:
«El era noble y guerrero:
»partió á la guerra lejana...
»¡No tornará el caballero!

«Caballero que á la guerra
»fuiste ganoso de gloria,
»aunque la tumba te encierra
»no morirá tu memoria.
»Ya sobre tu tumba crece
»laurel que verde florece:
»pronto en ella
»dirá el trovador errante
»su querella;
»y al hallarla en su camino
»se postrará suplicante
»el piadoso peregrino.»

¿Por qué al oír tal lamento
la castellana suspira?
¡Ay! Aquel sentido acento
tristeza mortal le inspira.
¿Para qué ya vivir quieres?
¡No á tu paladin esperes!
Si ese canto
te dijo su fin glorioso,
brote el llanto:
él calme tu angustia fiera;
él acompañe piadoso
la soledad que te espera.

Ya vuelven los caballeros:
gallardos vienen y bravos.
En pos llevan altaneros
tropa de humildes esclavos.
¿Cómo flotan sus airones!
¿Cuál relinchan sus bridones!
Ya llegaron...
A las puertas del castillo
se pararon...
¿No sales á tu ventana?
El sol da su postrer brillo...
Asómate, castellana.

Ya en brazos del noble esposo
la hermosa dama suspira;
mas en su afán amoroso
piensa que loca delira.
Tu desventura fué un sueño:
ya volvió, volvió tu dueño.
Su sol fuiste,
y en el combate reñido
le seguiste.
Partió ganoso de gloria,
y por fin tornó ceñido
del laurel de la victoria.

ANTONIO ARNAO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.